

toma por base el poder paterno, no tiene existencia segura. En él empieza la escala de las responsabilidades y la subordinación, que llega hasta el rey. Nosotros y el rey somos una misma cosa. Morir por el rey es morir por sí mismo y por su familia, que no muere nunca, como tampoco muere el reino. Cada animal tiene su instinto, y el hombre tiene el instinto de la familia. Un país es fuerte cuando se compone de familias ricas, cuyos miembros todos están interesados en la defensa del tesoro común, sea éste de plata, de gloria, de privilegios, de goces; y es débil cuando se compone de individuos no solidarios, á los que importa poco obedecer á siete hombres ó á uno solo, á un ruso ó uu corso, con tal que cada individuo conserve sus tierras; ¡y este desgraciado egoísta no ve que llegará un día en que se las quitarán!... Si somos vencidos, vamos á un estado de cosas horrible. No habrá más que leyes penales ó fiscales, la bolsa ó la vida. El país más generoso del mundo no se guiará ya por sus sentimientos, y esto dará origen á llagas incurables; en primer lugar una envidia universal: las clases superiores serán confundidas, y se tomará la igualdad de los deseos por la igualdad de las fuerzas; las verdaderas superioridades, reconocidas, indudables, serán invadidas por las olas de la burguesía. Entre mil hombres, era fácil escoger uno; pero será imposible entre tres millones de ambiciones semejantes, vestidas con la misma librea, la de la mediocridad. Esta masa triunfante no se apercibirá de que va á tener contra ella una masa terrible: la de los aldeanos propietarios; veinte millones de fanegas de tierra que andarán, que razonarán, que no querrán oír nada, y sí únicamente crecer siempre, barrenándolo todo y disponiendo de la fuerza bruta...

—Pero ¿qué puedo hacer yo por el Estado?—dije interrumpiendo á mi padre.—Yo no me siento con aptitudes para ser la Juana de Arco de las familias ni para perecer en el patíbulo de un convento.

—Es muy terrible—me dijo mi padre.—Si le hablo á usted con formalidad, me responde en broma; y, cuando yo bromeo, me habla usted como si fuese un embajador.

—El amor vive de contrastes—le dije.

Este dicho mío hizo llorar de risa á mi padre.

—Ya pensará usted en lo que acabo de explicarle; echará usted de ver cuánta confianza y grandeza hay en el hecho de hablarle como acabo de hacerlo, y acaso los acontecimientos

vengan en ayuda de mis planes. Ya sé yo que para usted estos proyectos son perjudiciales, incúos; mas al pedirle que los sancione me dirijo, no á sus sentimientos, sino á su razón, pues he reconocido que razona y siente usted mejor que muchas gentes.

—Como yo soy hija suya, al decirme eso se adula usted á sí propio—le dije sonriendo.

—En fin—repuso,—yo he de ser consecuente. El que quiere el fin quiere los medios, y nosotros tenemos que dar ejemplo á todos. Usted no debe tener fortuna hasta que esté asegurada la de su hermano el menor, y deseo emplear todo el capital de usted en constituir á aquél un mayorazgo.

—Pero ¿no me prohibirá usted vivir á mi antojo y ser feliz, si le dejo mi fortuna?

—¡Ah!—me respondió—con tal que su vida no dañe en nada al honor, á la consideración y á la gloria de la familia de usted.

—Vamos—exclamé—¿qué pronto me ha destituido usted de mi razón superior!

—En Francia—dijo con amargura—no encontramos un hombre que quiera casarse con una joven sin dote, por elevada que sea su nobleza, y que se preste á reconocerle aquella. Si se encontrase este marido, pertenecería á la clase de los plebeyos advenedizos, y en este punto soy del siglo XI.

—Yo también—le respondí.—Pero ¿por qué desesperarme? ¿no hay pares de Francia viejos?

—Luisa, está usted muy adelantada.

Y besándome la mano, se alejó sonriéndose.

Recibí tu carta esta misma mañana, y me ha hecho pensar precisamente en el abismo en que tú temes que pueda caer. Me ha parecido que una voz interior me gritaba: «¡Caerás en él!» He tomado, pues, mis precauciones. Querida mía, Henarez se atreve á mirarme, y sus ojos me turban y me producen una sensación que sólo puede compararse á la de un terror profundo. A este hombre, como ocurre con el sapo, no puede mirársele, pues es feo y fascinador. Hace ya dos días que lucho conmigo misma, y pienso si debo decir á mi padre que no quiero aprender ya el español y hacer despedir á Henarez; pero, después de mis viriles resoluciones, experimento la necesidad de verme afectada por la horrible sensación que siento al ver á ese hombre y me digo: «Una vez más aún, y después lo despediré». Querida mía, su voz tiene una dulzura pene-



trante y, cuando habla, se parece á la Fodor cuando canta. Sus modales son sencillos y sin la menor afectación. ¡Y qué hermosa dentadura! Hace un momento, al marcharse, creyó adivinar lo mucho que me interesa, é hizo un gesto muy respetuoso para tomarme la mano y besármela; pero se reprimió como asustado de su atrevimiento y de la distancia que iba á franquear. A pesar de lo imperceptible de su movimiento, yo lo adiviné y me sonreí, porque nada hay más enternecedor que ver el impulso de una naturaleza inferior que se repliega sobre sí misma. ¡Hay tanta audacia en el amor de un plebeyo por una noble! Mi sonrisa le envalentonó; el pobre hombre buscó su sombrero sin verlo, no quería encontrarlo, y yo se lo llevé con gravedad. Lágrimas contenidas humedecían sus ojos. Había un mundo de cosas y de pensamientos en este momento tan corto. Nos comprendíamos tan bien, que en este instante le tendí mi mano para que la besase. Esto sin duda quería decirle que el amor podía llenar el espacio que nos separa. No sé lo que motivó mi impulso: Griffith volvió la espalda, yo le tendí arrogantemente mi patita blanca y sentí el fuego de sus labios, dulcificado con dos gruesas lágrimas. ¡Ah! ángel mío, quedé sin fuerzas en mi sofá y pensativa; era feliz, y me es imposible explicar cómo ni por qué. Lo que sentí es la poesía. Mi bajeza, de la que me avergüenzo en este momento, me parecía una grandeza: me había fascinado, esta es mi excusa.

*Viernes.*

Este hombre es verdaderamente hermoso. Sus palabras son elegantes y su talento de notable superioridad. Querida mía, explicándome el mecanismo, no sólo de la lengua española, sino además el pensamiento humano y de todas las lenguas, es fuerte y lógico como Bossuet. El francés parece ser su lengua materna. Como yo le manifestase mi asombro, me respondió que siendo aun muy joven había estado en Francia con el rey de España, en Valençay. ¡Qué ha pasado en esta alma! Ya no es el mismo: ha venido vestido con sencillez, pero enteramente lo mismo que un gran señor cuando sale á pie por las mañanas. Durante la lección, su talento brilló como un faro, y desplegó en ella toda su elocuencia. Como hombre cansado que recobra sus fuerzas, me ha descubierto su alma, cuidadosamente escondida. Me contó la historia de un pobre criado que

buscó la muerte por gozar de una sola mirada de una reina de España.

—Lo más que podía pasarle era morir—le dije yo.

Esta respuesta alegró su corazón, y, á decir verdad, su mirada me asustó.

Por la noche fuí al baile á casa de la duquesa de Lenoncourt, y, como se encontrase allí el príncipe de Talleyrand, le mandé á preguntar por el señor de Vandenesse, que es un joven encantador, si en 1809 había recibido en su tierra á un tal Henarez.

—Henarez es el nombre moro de la familia de Soria, cuyos individuos son, según dicen ellos, abencerrajes convertidos al cristianismo. El anciano duque y sus dos hijos acompañaron al rey. El mayor, que es duque de Soria hoy, acaba de ser despojado de todos sus bienes, honores y grandezas por el rey Fernando, que se venga así de una antigua enemistad. El duque ha cometido una inmensa falta aceptando el ministerio constitucional con Valdés. Por fortuna, se escapó de Cádiz antes de que llegase el duque de Angulema, el cual, á pesar de sus buenos deseos, no hubiera podido librarle de la cólera del rey.

Esta respuesta, que el vizconde de Vandenesse me transmitió textualmente, me dió mucho que pensar. Me sería imposible manifestarte las ansiedades que pasé hasta que llegó la hora de la lección, que tuvo lugar esta mañana. Durante el primer cuarto de hora de la lección, me pregunté, examinándole, si sería duque ó plebeyo, sin poder sacar nada en limpio. El parecía adivinar mis pensamientos á medida que nacían y se complacía en contrariarlos. Por fin no pude contenerme más, dejé bruscamente el libro, é interrumpiendo la traducción que hacía en alta voz, le dije en español:

—Caballero, usted nos engaña. Usted no es un pobre plebeyo liberal; usted es el duque de Soria.

—Señorita—respondió con triste acento,—por desgracia yo no soy el duque de Soria.

Comprendí toda la desesperación que encerraba la palabra *por desgracia*. ¡Ah! querida mía, seguramente que no hay hombre alguno capaz de encerrar tanta pasión y tantas cosas en una sola palabra. Había bajado los ojos y no se atrevía á mirarme.

—El señor de Talleyrand—le dije,—en cuya casa pasó usted los años de destierro, no deja á un Henarez más alternativa



que la de ser el desgraciado duque de Soria ó un criado.

Al oír estas palabras, fijó en mí sus ojos negros que parecían dos candelas, dos ojos brillantes y humillados. En este momento me pareció que algo le torturaba.

—Mi padre era, en efecto, criado del rey de España—me dijo.

Griffith no comprendía esta manera de estudiar. A cada pregunta y á cada respuesta hacíamos inquietantes pausas.

—En fin—le dije yo—¿es usted noble ó plebeyo?

—Señorita, ya sabe usted que en España todo el mundo es noble; hasta los pordioseros.

Esta reserva me impacientó. Desde la última lección, había preparado una de esas distracciones que halagan á la imaginación. Había trazado en una carta el retrato ideal del hombre por quien quería ser amada, proponiéndome dársela á traducir. Hasta ahora, sólo he traducido del español al francés, y no del francés al español, y al mismo tiempo que le hacía esta observación, rogaba á Griffith que fuese á buscar la última carta que había recibido de una amiga mía.

—Por el efecto que le haga mi programa—pensé,—adivinaré la clase de sangre que corre por sus venas.

Tomé el papel de manos de Griffith diciendo:

—A ver si he copiado bien.

Como todo estaba de mi letra, le tendí una copia, y examinaba yo otra mientras él leía lo siguiente:

«Querida mía: El hombre que me ha de cautivar ha de ser rudo y orgulloso con los hombres, pero amable con las mujeres. Su mirada de águila ha de saber reprimir instantáneamente todo lo que pueda parecerse al ridículo. Ha de tener una sonrisa de piedad para aquellos que quieran tomar á chacota las cosas sagradas, sobre todo aquellas que constituyen la poesía del corazón, y sin las cuales la vida sólo sería una triste realidad. Desprecio profundamente á aquellos que quieren privarnos del manantial de las ideas religiosas, tan fértiles en consuelos. Así es que sus creencias deben gozar de la sencillez de las de un niño y deben ir unidas á la firme convicción del hombre de talento que ha profundizado las razones que tiene para creer. Su gracia, lozana, original, ha de carecer de afectación; no ha de hablar nunca con exceso ni con inoportunidad; y le ha de ser tan imposible aburrir á los otros como aburrirse él mismo, porque tendrá en el fondo de su alma un

rico caudal de distracciones. Todos sus pensamientos han de ser nobles, elevados, caballerescos y sin miras egoístas de ninguna clase. En todos sus actos, se ha de notar la ausencia total del cálculo ó del interés. Sus defectos han de provenir de la extensión misma de sus ideas, que serán superiores á su época. Atento y amable siempre con los seres débiles, ha de ser bueno para todas las mujeres, pero se enamorará difícilmente de ninguna. Debe considerar esta cuestión como cosa bastante seria para no tomarla á juego, pudiendo ocurrir, por lo tanto, que pasase su vida sin amar verdaderamente y mostrando todas las cualidades que pueden inspirar una pasión profunda. Pero si un día llega á encontrar á su ideal, á la mujer entrevista en sus sueños; si encuentra un ser que le comprenda, que llene su alma y que pueda colmarle de dicha, que brille para él como una estrella á través de las nubes de este mundo tan sombrío, tan frío, tan helado, que dé un encanto completamente nuevo á su existencia y haga vibrar en él cuerdas mudas hasta entonces, creo inútil decir que ha de saber reconocer y apreciar su dicha, haciendo completamente feliz á esa mujer. Jamás, ni con palabras, ni con miradas, herirá á ese corazón amante, que se arrojará en sus brazos con el ciego amor de un niño que duerme en el regazo de su madre; porque, si algún día llegase á despertar de ese dulce sueño, su corazón y su alma estarían desgarrados para siempre: sería imposible aventurarse en este océano sin cifrar en él todo el porvenir.

«Este hombre ha de tener necesariamente la fisonomía, la actitud, el paso y la manera de obrar de los seres superiores, que son sencillos y majestuosos á la par. Podrá ser feo, pero sus manos han de ser hermosas; ha de tener el labio superior ligeramente rizado por irónica y desdeñosa sonrisa para los indiferentes. Finalmente, ha de reservar para los que ama el celeste y brillante rayo de la mirada que ha de encerrar su alma.»

—Señorita—me dijo en español y con voz profundamente emocionada—¿me permite usted que conserve esto como recuerdo suyo? Esta es la última lección que tendré el honor de darle, y la que recibo en este escrito puede llegar á ser mi regla eterna de conducta. Dejé á España fugitivo y sin dinero, pero hoy he recibido de mi familia una suma que basta para cubrir mis necesidades y tendré el honor de enviar á usted á algún pobre español para que me reemplace.



Al mismo tiempo parecía decirme: «¡Basta ya de farsa!». Se levantó haciendo un movimiento lleno de increíble dignidad, y me dejó confundida ante su delicadeza, incomprensible en los hombres de su clase. Bajó y manifestó deseos de hablar á mi padre. Durante la comida, éste me dijo sonriendo:

—Luisa, ha recibido usted lecciones de español de un ministro del rey de España y de un condenado á muerte.

—¿Del duque de Soria?—le dije.

—¡El duque!—respondió mi padre.—No, ya no lo es, y toma ahora el título de barón de Macumer, título que le corresponde de un feudo que posee en Cerdeña. Me parece un ser bastante raro.

—No emplee usted esa palabra, que en sus labios implica siempre algo de mofa y de desdén, para calificar á un hombre que vale tanto como usted—le dije—y que, á mi modo de ver, posee un alma hermosa.

—¿Baronesa de Maucumer?—exclamó mi padre mirándome con aire burlón.

Bajé los ojos al mismo tiempo que hacía un movimiento de altivez.

—Pero, ahora que me acuerdo—dijo mi madre,—Henarez ha debido encontrarse en la escalinata con el embajador de España.

—Sí—respondió mi padre.—El embajador me preguntó si conspiraba contra el rey su amo; pero saludó con mucha deferencia al ex grande de España y se puso á sus órdenes.

Esto, mi querida señora de la Estorade, pasó hace quince días, y quince hace ya que no he vuelto á ver á ese hombre á quien amo, porque me ama.

¿Qué hace? Quisiera ser mosca, ratón ó pájaro. Quisiera poder verlo solo en su casa, sin que él me viese. Ya tengo un hombre á quien puedo decirle: «Vete á morir por mí» y á quien creo capaz de obedecerme. En fin, ya hay en París un hombre en quien pienso y cuya mirada me inunda interiormente de luz. ¡Ah! es un enemigo á quien debo despreciar. ¡Cómo! ¿habrá un hombre sin el cual no pueda vivir y que me sea necesario? Tú te casas y yo amo. Al cabo de cuatro meses, aquellas dos columnas que se elevaban tanto han caído en el pantano de la realidad.

*Domingo.*

Ayer, en los Italianos, vi que me miraban, sintiéndose mis ojos mágicamente atraídos por dos ojos de fuego que brillaban como dos carbunclos en un rincón oscuro del anfiteatro. Henarez no me quitó la vista de encima. El monstruo buscó el único sitio desde el cual podía cómodamente observarme, y lo tomó para sí. No sé lo que es en política, pero tiene el genio del amor.

He aquí, bella Renato, á qué punto hemos llegado,

como dice el gran Corneille.

### XIII

La señora de la Estorade á la señorita de Chaulieu

*En la Campaña, febrero.*

Mi querida Luisa: Antes de escribirte, he tenido que aprender; pero ahora ya sé muchas cosas, ó, mejor dicho, las he aprendido, y debo comunicártelas para tu dicha futura. Hay tanta diferencia entre una doncella y una casada, que es tan imposible que lo conciba una doncella como que la casada llegue á ser nunca doncella. Yo preferí casarme con Luis de la Estorade á volver al convento. Esto es muy claro. Después de haber comprendido que si no me casaba con Luis volvería al convento, me resigné. Resignada ya, púseme á examinar mi situación á fin de sacar de ella el mejor partido posible.

En primer lugar, la gravedad de los lazos me llenó de terror. El casamiento se propone ligar toda la vida, mientras que el amor sólo tiene por objeto el placer. Pero también es verdad que el matrimonio subsiste cuando el amor ha desaparecido, y origina intereses más importantes que los del hombre y la mujer que se unen. En consecuencia, para hacer un casamiento feliz, sólo se necesita esa amistad que, en vista de sus dulzuras, transige con muchas imperfecciones humanas. Nada se oponía á que yo tuviese esa amistad con Luis de la Estorade. Decidida á no buscar en el matrimonio los goces del amor en



que nosotras pensábamos con tanta frecuencia y con peligrosa exaltación, sentía en mi interior una agradable tranquilidad.

—Si no disfruto del amor ¿por qué no buscar la dicha? —me dije.—Por otra parte, soy amada y me dejaré amar. Mi casamiento no será una servidumbre, sino un mando perpetuo. ¿Qué inconveniente puede traer este estado de cosas á una mujer que quiere ser dueña absoluta de sí misma?

Este punto tan grave de ser casada, como quien dice, sin marido, quedó arreglado en una conversación que tuvimos Luis y yo, en la cual me demostró la excelencia de su carácter y la dulzura de su alma. Nena mía, yo deseaba mucho permanecer en esta hermosa estación de esperanza amorosa que, aunque no engendra placer ninguno, deja al alma su virginidad. No conceder nada al deber, á la ley, no depender más que de sí misma y conservar su libre albedrío... ¡qué grata y noble cosa! Este contrato, opuesto á las leyes y al sacramento mismo, sólo podía tener lugar entre Luis y yo. Esta dificultad, la primera que percibí, fué la única que me decidió á llevar á cabo este matrimonio. Si, desde un principio, estaba resuelta á todo por no volver al convento, es muy propio de nuestra naturaleza el pedir lo más después de haber obtenido lo menos, y nosotras somos, ángel querido, de las que lo quieren todo. Examinaba á mi Luis con el rabillo del ojo y me decía: «¿La desgracia le habrá hecho bueno ó malvado?» A fuerza de estudiarlo, acabé por descubrir que su amor llegaba hasta la pasión. Llegada yo al estado de ídolo, viéndole palidecer y temblar á la menor mirada fría, comprendí que podía atreverme á todo. Como es natural, alejándole de los padres, en nuestros paseos sondé con prudencia su corazón. Le obligué á hablar, y le pedí cuenta de sus ideas y de sus planes para el porvenir. Mis preguntas anunciaban tantas reflexiones preconcebidas y atacaban con tanta precisión los puntos débiles de esta vida común de dos seres, que Luis me confesó después que estaba asombrado de mi sabia virginidad. Yo escuchaba sus respuestas, en las que se enredaba como esa gente á quien el miedo priva de sus facultades. Acabé por ver que la casualidad me deparaba un adversario que me era tanto más inferior cuanto que adivinaba en mí lo que tú llamas con tanto orgullo mi alma grande. Quebrantado por las desgracias y por la miseria, se consideraba casi aniquilado y le asaltaban tres terribles temores. En primer lugar, tiene treinta y

siete años, cuando yo cuento sólo diez y siete, y no miraba sin espanto los veinte años de diferencia que existen entre nosotros. Además, está convencido de que yo soy muy hermosa; y Luis, que participa de nuestras opiniones respecto á este punto, no veía sin profundo dolor lo mucho que los sufrimientos habían ajado su juventud. Finalmente, me comprendía muy superior, como mujer, á él como hombre. Desconfiando de sí mismo á causa de esas tres visibles inferioridades, temía no poder hacerme feliz y se veía contrariado.

—Sin la perspectiva del convento, yo no me hubiera casado con usted—me dijo con timidez cierta noche.

—Seguramente—le respondí con gravedad.

Querida mía, esta escena me causó una de las emociones más vivas que puede producirnos un hombre. Las dos lágrimas que brotaron de sus ojos me llegaron al corazón.

—Luis—repuse con voz consoladora,—sólo de usted depende el hacer de este matrimonio de conveniencia un matrimonio al que yo pueda dar mi entero consentimiento. Lo que voy á pedirle á usted exige, por su parte, una negación mucho más hermosa que el pretendido servilismo del amor cuando éste es sincero. ¿Es usted capaz de sentir una amistad como la que yo concibo? En la vida no se tiene más que un amigo, y yo quiero ser ese amigo para usted. La amistad es el lazo de dos almas semejantes unidas con su fuerza, y sin embargo independientes. Seamos amigos y asociados para recorrer juntos el sendero de la vida. Déjeme usted mi completa independencia. Yo no le prohibo que me inspire el amor que usted dice sentir por mí; pero no quiero ser su mujer más que de grado. Inspíreme usted el deseo de abandonarle mi libre albedrío, y yo se lo sacrificaré inmediatamente. No le prohibo á usted que convierta en pasión esta amistad y que la turbe con la voz del amor; por mi parte, procuraré que este efecto sea completo. Sobre todo, evítame usted los fastidios que la situación en que hemos de estar interiormente me han de producir fuera. Yo no quiero parecer caprichosa ni gazmoña, porque no lo soy, y creo á usted bastante decente para saber guardar las apariencias del matrimonio.

Querida mía, no he visto hombre más feliz que Luis al oír mi proposición; sus ojos brillaban, y el fuego de la dicha había secado sus lágrimas.

—Piense usted—le dije para terminar—que no hay nada de extravagante en lo que le pido. Esta condición depende de



mi inmenso deseo de conservar su estimación. Si yo me debiese á usted, gracias únicamente al matrimonio, ¿no sentiría usted ver coronado su amor por las formalidades legales ó maliciosas, y nunca por mí? Si, mientras que usted no me agrade, pero obedeciéndole pasivamente, como mi buena madre acaba de recomendarme, llegase á tener un hijo, ¿cree usted que había de amar á ese hijo tanto como al que fuese engendro de ese mismo deseo? Si no es indispensable agradarse mutuamente como se agradan los amantes, convenga usted, caballero, que es preciso no desagradarse. Nosotros vamos á vernos en una situación peligrosa: tenemos que vivir en el campo. ¿No es preciso pensar en toda la estabilidad de las pasiones? ¿No puede la gente juiciosa precaverse contra las desgracias del cambio?

Quedo extraordinariamente sorprendido el encontrarme tan razonadora y tan razonable; pero me hizo una promesa solemne, después de la cual le cogí la mano y se la estreché afectuosamente.

Nos casamos al fin de la semana. Segura de conservar mi libertad, afecté mucha alegría en los insípidos detalles de todas las ceremonias. Fui, y sin duda pasé por comadre muy avispada, como decíamos en Blois. Consideraron feliz á una joven que sólo estaba encantada de la situación nueva y llena de recursos en que había sabido colocarse. Querida mía, como por encanto, supe adivinar todas las dificultades de mi vida, y quise sinceramente hacer la dicha de este hombre. Ahora bien: en la soledad en que vivimos, si una mujer no manda, el matrimonio se hace insoportable en poco tiempo. Una mujer tiene que tener entonces los encantos de una querida y las cualidades de una esposa. Dar cierta incertidumbre á los placeres, ¿no es prolongar su ilusión y perpetuar los gozecs de amor propio por los que tanto y con tanta razón se interesan todas las criaturas? El amor conyugal, como yo lo concibo, reviste entonces á una mujer de esperanza, la hace soberana, y le da una fuerza inagotable y un calor de vida que hace florecer todo en torno suyo. Cuanto más dueña es de sí misma, más segura está de hacer posibles el amor y la dicha. He exigido, ante todo, que el más profundo misterio velase nuestros arreglos interiores. Al hombre subyugado por la mujer le cubre con justicia el ridículo. La influencia de la mujer debe ser completamente secreta: en nosotras, la gracia en todo estriba en el misterio. Si yo me propongo reanimar este ca-

rácter abatido y restituir su lustre á las cualidades que en él entreveo, quiero que todo parezca espontáneo en Luis. Tal es la labor bastante hermosa que me propongo y que basta para la gloria de una mujer. Estoy casi orgullosa de tener un secreto que interese mi vida y un plan que distraerá mis esfuerzos, y que sólo tú y Dios conoceréis.

Ahora soy casi feliz, y tal vez no lo fuera completamente si no pudiese contárselo á un alma amada, porque ¿cómo decirselo á él? Mi dicha le heriría y me ha sido preciso ocultársela. Como todos los hombres que han sufrido mucho, es delicado cual una mujer. Durante tres meses hemos permanecido lo mismo que antes de casarnos. Ya comprenderás que yo estudiaba una multitud de pequeñas cuestiones personales de las que depende el amor mucho más de lo que se cree. A pesar de mi frialdad, esta alma valerosa se ha desplegado: he visto á este rostro cambiar de expresión y rejuvenecerse. La elegancia que yo introducía en la casa se ha reflejado en su persona. Insensiblemente, me he acostumbrado á él y lo he constituido en *otro yo* misma. A fuerza de mirarle, he descubierto la correspondencia que existe entre su alma y su fisonomía. La bestia que nosotras llamamos un marido, según decías tú, ha desaparecido. No sé qué grata noche vi en él un amante cuyas palabras me llegaban al alma y en cuyos brazos me apoyaba con indecible placer. En fin, para ser franca contigo, como lo sería con Dios, á quien es imposible engañar, te diré que, excitada sin duda por la admirable fidelidad con que mantenía su juramento, la curiosidad mordió mi corazón. Avergonzada de mí misma, me resistía. Pero, ¡ay de mí! cuando sólo se resiste por dignidad, el espíritu no tarda en encontrar transacciones. La fiesta fué, pues, secreta como entre dos amantes, y secreta debe permanecer entre nosotros. Cuando tú te cases, aprobarás mi discreción. Sabe, sin embargo, que nada faltó de lo que exige el amor más delicado. Ni siquiera esa previsión que es, en cierto modo, el honor de ese momento: las misteriosas gracias que nuestras imaginaciones exigen, la atracción que disculpa, el consentimiento arrancado, las voluptuosidades ideales mucho tiempo entrevistas y que nos subyugan el alma antes de dejarnos llevar á la realidad, todas las deducciones tomaron parte en él con sus encantadoras formas. A pesar de estas hermosas cosas, confiéscote que he estipulado de nuevo mi libre albedrío, y no quiero decirte todas las razones que me mueven á



obrar así. Tú serás la única alma á quien yo haré esta media confidencia. Aun perteneciendo el marido, adorado ó no, creo que perderíamos nosotras mucho no ocultando nuestros sentimientos y el juicio que nos merece el matrimonio. La única alegría que yo he tenido, y que ha sido celestial, proviene de la certidumbre de haber dado la vida á estepobre ser antes de dársela á los hijos. Luis ha recobrado su juventud, su fuerza y su alegría. Ya no es el mismo hombre. Como una hada, he borrado hasta el recuerdo de sus desgracias, lo he metamorfoseado, y Luis se ha hecho encantador. Seguro de agradarme, despliega su talento, revela nuevas cualidades. ¡Ser el principio constante de la dicha de un hombre, cuando este hombre lo sabe y une al amor el agradecimiento! ¡Ah! querida, esta certidumbre desarrolla en el alma una fuerza superior á la del amor más encendido. Esa fuerza impetuosa y duradera, una y múltiple, engendra por fin la familia, esa delicada obra de las mujeres que yo concibo ahora en toda su fecunda hermosura. El anciano padre ya no es avaro y da ciegameamente cuanto deseo. Los criados están alegres, y parece que la felicidad de Luis se ha comunicado á este interior, donde reino yo por el amor. El anciano se ha puesto en armonía con todas las mejoras, no ha querido estar en desacuerdo con mi lujo, y ha tomado para agradarme el traje, y, con él, hasta los modales de la actualidad. Tenemos caballos ingleses, un cupé, una calesa y un tilburí. Nuestros criados llevan un uniforme sencillo pero elegante, y de este modo pasamos plaza de pródigos. Empleo mi inteligencia (no me río) en mantener mi casa con economía y en proporcionar á todos el mayor número de goces con la menor cantidad posible. He demostrado á Luis la necesidad de hacer caminos, á fin de conquistar reputación de hombre ocupado en el bien del país. Le he obligado á completar su instrucción, y con la influencia de mi familia y la de su madre, espero verlo bien pronto miembro del consejo general de nuestro departamento. Le he declarado francamente que era ambiciosa, y que me satisfaría el ver que su padre continuase ocupándose de nuestros bienes y haciendo economías, porque á él le quería por entero para la política; si tenemos hijos, díjele que quería verlos á todos felices y bien colocados en el Estado, y, bajo pena de perder mi estimación y mi cariño, que tenía que ser diputado en las próximas elecciones, pues mi familia apoyaría su candidatura y tendríamos el placer de pasar los inviernos en París. ¡Ah!

ángel mío, por el amor con que me ha obedecido, comprendo lo mucho que me ama. Ayer me escribió esta carta de Marsella, á donde fué por algunas horas:

«Dulce Renato mía: Cuando me permitiste que te amase, creí en la dicha; pero hoy no veo su fin. El pasado no es más que un vago recuerdo, una sombra necesaria para hacer que se destaque más el brillo de mi felicidad. Cuando estoy á tu lado, el amor me transporta de un modo que me impide expresarte la extensión de mi afecto; sólo puedo admirarte, adorarle. La palabra sólo acude á mis labios cuando estoy lejos de ti. Eres tan hermosa y tu hermosura es tan grave, tan majestuosa, que con dificultad ha de alterarla el tiempo; y, aunque el amor entre esposos depende más bien que de la hermosura, de los sentimientos, que son en ti excelentes, déjame decirte que esta certidumbre de verte siempre hermosa me causa una alegría que crece á cada mirada que te dirijo. La armonía y la dignidad de las líneas de tu rostro, donde tu sublime alma se revela, tiene un no sé qué de puro que me encanta. El brillo de tus ojos negros y el raro corte de tu frente, dicen cuán elevadas son tus virtudes, cuán sólido tu afecto y cuán viril ha de ser tu corazón para las tormentas, si algún día hubiese que soportarlas. La nobleza es tu carácter distintivo; no tengo la pretensión de enseñártelo, pero te lo digo para que sepas que conozco perfectamente todo el valor del tesoro que poseo. Lo poco que tú me concedas será siempre dicha para mí, lo mismo hoy que mañana, porque comprendo toda la grandeza que encierra la mutua promesa de conservar nuestra libertad. Nunca deberemos ningún testimonio de nuestra ternura más que á nuestro deseo. Seremos libres á pesar de nuestros estrechos lazos. Estaré tanto más orgulloso de reconquistarte de este modo, cuanto que sé ahora el precio que tú pones á esa conquista. No podrás nunca hablar ó respirar, obrar ó pensar, sin que yo admire siempre de antemano la gracia de tu cuerpo y la de tu alma. Hay en ti un no sé qué de divino y de encantador, que pone de acuerdo el honor, la reflexión, el placer y la esperanza, y que da, en fin, al amor una extensión más espaciosa que la de la vida. ¡Oh ángel mío! ¡ojalá que el genio del amor me permanezca fiel y que el porvenir se muestre lleno de esa voluptuosidad con cuya ayuda lo has embellecido todo en torno mío! ¿Cuándo serás madre, para que yo te vea aplaudir la energía de tu vida.



y para que yo te oiga con esa voz tan suave y con esas ideas tan originales, tan sencillas y tan admirablemente expresadas, bendecir el amor que ha reanimado mi alma, que ha hecho revivir mis facultades, que constituye mi orgullo, y de donde he adquirido yo, cual si fuese mágica fuente, una nueva vida? Sí, seré todo lo que tú quieres que sea; llegaré á ser un hombre útil á mi país, y haré que se refleje en ti esta gloria, cuyo principio será tu satisfacción.»

Querida mía, ya ves como lo formo. Este estilo brota en fecha poco lejana de la de nuestro matrimonio. Dentro de un año será mejor. Luis es presa, al escribir, de los primeros transportes; le espero en esa igual y continua sensación de dicha que tiene que proporcionar un matrimonio feliz cuando, seguros uno de otro y conociéndose bien, una mujer y un hombre han encontrado el secreto de variar lo infinito y de encontrar encantos en el fondo mismo de la vida. Este hermoso secreto de las verdaderas esposas lo entreveo y quiero poseerlo. Ya ves que el fátuo se cree amado como si no fuese mi marido. Sin embargo, yo no siento por él más que ese apego material que nos da fuerzas para soportar muchas cosas. No obstante, Luis es amable, de carácter constante, y hace con sencillez ciertas acciones de las que muchos hombres se alabarían. En una palabra, si no le amo, me creo capaz de quererle.

He aquí, pues, mis cabellos negros, mis ojos negros cuyas pestañas se separan, según tú, cual si fuesen celosías, mi aire imperial y mi persona, elevados á la categoría de poder soberano. Querida mía, veremos si dentro de diez años estamos los dos contentas y felices en ese París de donde lograré arrancar alguna vez para traerte á mi bello oasis de Provenza. ¡Oh, Luisa! no comprometas nuestro común y hermoso porvenir. No hagas las locuras con que me amenazas. Yo me casé con un joven viejo; cástate tú con algún viejo joven de la Cámara de los pares. Entonces estarás en lo cierto.

## XIV

## El duque de Soria al barón de Macumer

*Madrid.*

Mi querido hermano: No me has hecho duque de Soria para que no obre como tal. Si yo supiese que estabas errante y sin las comodidades y consuelos que procura en todas partes la fortuna, harías mi dicha insoportable. Ni María ni yo nos casaremos hasta que sepamos que has aceptado las sumas que te hemos remitido por Urraca. Estos dos millones provienen de tus propias economías y de las de María. ¡Ah! Dios sabe con qué fervor hemos rogado ambos, arrodillados ante el mismo altar, por tu dicha. Hermano querido, nuestros deseos tienen que verse cumplidos. El amor que buscas y que sería el consuelo de tu destierro, bajará del cielo. María leyó tu carta llorando y te admira. Respecto á mí, acepto tu cesión más bien por nuestra propia casa que por mí. El rey se portó como tú esperabas. ¡Ah! le has dado tan desdeñosamente por el gusto, que, para vengarte, quisiera hacerle saber cuán pequeño le has dejado con tu grandeza. La única cosa que he tomado para mí, hermano querido, es mi dicha, es María; así es que seré siempre ante ti lo que es una criatura ante el Creador. Habrá en mi vida y en la de María un día tan hermoso como el de nuestro feliz matrimonio, y ese día será aquel en que sepamos que tu corazón es comprendido y que una mujer te ama como tú debes y quieres ser amado. No olvides que si tú vives para nosotros, también nosotros vivimos para ti. Puedes escribirnos con toda confianza, aprovechando el correo del nuncio y enviando tus cartas por Roma. El embajador de Francia en Roma se cuidará, sin duda de entregar tus cartas al secretario de Estado, á monseñor Bemboni, á quien nuestro encargado ha debido ya prevenir. Cualquiera otra vía sería mala. Adiós querido despojado, querido desterrado. Si no puedes ser feliz, muéstrate al menos orgulloso de la dicha que nos has proporcionado. Dios escuchará sin duda nuestros ruegos.

FERNANDO.